

ELEMENTOS INDIGENAS EN LA CULTURA CAMPESINA DEL PACIFICO SUR DE COSTA RICA: EL CASO DEL SUKIA Y OTROS EJEMPLOS

*María E. Bozzoli de Wille
Departamento de Antropología
Universidad de Costa Rica*

En el presente trabajo se presentan los servicios de los médicos aborígenes como una forma de interacción del indígena del Pacífico Sur con el campesinado originario del Valle Central, en la cual la relación de lo indígena con lo no indígena se realiza en un plano de mutua igualdad y no en el de colonizador superior colonizado inferior, que suele ser lo frecuente. Con la expansión de la vida urbana moderna por todo el país todas las instituciones campesinas pasan a ser marginales, históricas o folclóricas. Nos parece importante documentarlas, sin embargo, como muestra de las adaptaciones que realizaron nuestros pueblos para enfrentarse al diario vivir y como tradiciones que contribuyen a la identidad y autenticidad de cada grupo humano.

Los habitantes del Pacífico Sur que se consideran indígenas (por ellos mismos y por sus vecinos no indígenas) en 1981 son los siguientes, partiendo de Pérez Zeledón hacia la frontera con Panamá:

1) Los cabécares. Viven principalmente en Ujarrás de Buenos Aires, en el Valle del río Ceibo. También se encuentran en China Kichá de Pérez Zeledón, en San Pedro y en Convento de Pérez Zeledón, esporádicamente. En San Rafael y Volcán de Buenos Aires a veces. A principios del presente siglo había familias de habla cabécar en las vegas del río General. En los años 1930-1950 aún se encontraban por Canaán de Pérez Zeledón.

2) Los bribbrís. Viven principalmente en la reserva Salitre-Cabagra, en la zona noreste de Buenos Aires, que son las faldas de la Cordillera de Talamanca por el Pacífico. Algunas de las localidades son el sector de la escuela de Salitre, Palmital, Sipar, río Azul, Puentes, Calderón, Platanares, Pita, San Rafael de Cabagra, San Antonio, Bolas, río Mosca, Las Brisas.

3) Los térrabas. Principalmente en Térraba y San Antonio.

4) Los borucas. Principalmente residen en Boruca y en Curré, pero hay familias en Lagarto, Palmar, Bijagual y otros lugares en la cuenca del río Diquís.

5) Los guaymíes. Principalmente en Brusmalís, Abrojos y Conte. Esto es cerca de San Vito de Jaba, de Villa Neilly y de Punta Burica, en los valles del río Coto Brus, del Coto Colorado (río Cotón, río Limón) y río Conte.

La población de los núcleos en el Pacífico Sur es la siguiente:

Ujarrás:	577	(Censo de la Comisión Nacional de Asuntos Indígenas —CONAI— 1980).
China Kichá:	231	(Censo de Bozzoli de Wille, 1973; 1975: 118).
Reserva Salitre	470	(94 familias, Cartín y Murillo 1981; 1981: 142).
San Rafael de Cabagra	217	(Censo de William García y Eduardo Coto, 1975, en Bozzoli de Wille, 1976).

Boruca	577	(Censo de la Comisión Nacional de Asuntos Indígenas, —CONAI— 1980).
Curré	349	(Censo de la Comisión Nacional de Asuntos Indígenas, —CONAI— 1980).
Térraba	478	(Censo de la Comisión Nacional de Asuntos Indígenas, —CONAI— 1980).
Coto Brus (Guaymí)	318	(Censo de la Comisión Nacional de Asuntos Indígenas, —CONAI— 1980).
Abrojos (Guaymí)	626	(Censo de la Comisión Nacional de Asuntos Indígenas, —CONAI— 1980).
Burica (Guaymí)	820	(Censo de la Comisión Nacional de Asuntos Indígenas, —CONAI— 1980).

4.185

Esto suma 4.185 personas. Habría que añadir indígenas dispersos (Guacimal, Caliente, Jabillo de Potrero Grande; Convento y San Pedro de Pérez Zeledón, fincas bananeras, Laurel de Coto Sur, etc.) y algunas familias en los centros urbanos (Ciudad Neilly, San Vito, Palmar, Buenos Aires, San Isidro), todo lo cual podría resultar en unos 4.500 indígenas en la región denominada Brunka por OFIPLAN.

Desde la conquista de los indios del Pacífico Sur en la última mitad del siglo XVI y durante la colonia, lo indígena ha ido desapareciendo, violentamente al principio, gradualmente en el período colonial y el republicano. Las costumbres, el habla, la religión, la organización del costarricense no indígena se imponen sobre el mundo del indio. Sin embargo, algunos pocos aspectos de la vida indígena han tenido alguna importancia para el campesinado del país en algún momento. Lo más sobresaliente en la adopción de rasgos indígenas fue por supuesto la agricultura de roza (de corte y quema) y el uso de plantas y animales domesticados por los indios (frijol, maíz, ayote, chayote, el chompipe, etc.). Sin embargo, cuando después de 1870 empezó a aumentar la emigración de gentes del Valle Central hacia el Pacífico Sur, ya el campesinado había realizado esas adopciones y las trajo consigo. Al igual que los indios, utilizaba la miel silvestre, comía palmito, hacía y usaba hamacas y canastos, cultivaba el maíz, el aguacate, el pejibaye, hacía algunos tipos de chicha (y bebía), hacía ranchos de paja, canoas, le daba uso al hule silvestre y al burío, usaba huacales como trastos, pescaba con barbasco. Al asentarse en la zona, el nuevo campesinado se establece en los parajes ocupados por los indios y los absorbe o los ahuyenta.

Quedan a veces los nombres de ríos, quebradas, o de caseríos para recordar al primer habitante (Diquís, Brus, Cabagra, China Kichá, Boruca, Coto. Los cinco grupos indígenas mencionados al principio utilizan en sus idiomas nombres para los rasgos geográficos de los lugares donde viven. Aún se podría realizar un estudio de la toponimia indígena de la región y recuperar los nombres). En el folclore de nuestro campesinado quedan también las historias de las huacas y de los huaqueros. Posiblemente haya otras influencias en el folclore; entre campesinos descendientes del Valle Central se dice “meter una yuca” por “decir una mentira”. Cuando los bribibís y cabécares hablan de ir a pescar, ellos no dicen que van a coger los peces, ellos hablan de ir a buscar yucas. Esto se hace para engañar al dueño de los peces, para que no oiga que le van a quitar sus animalitos. ¿Vendrá el dicho tico “meter yucas” de la yuca que el pescador indígena le mete al dueño de los peces? Por cierto, también oímos en nuestra niñez, en Tarrazú y El General, los cuentos del dueño de monte. Los indios reconocen dueños de los animales, de la cacería; sin duda esos seres, aunque en forma menos elaborada fueron parte del folclore de nuestro campesino también, quien mantenía sus niños cerca de su rancho con la advertencia de que si se alejaban se los llevaba el dueño de monte.

Uno de los aspectos en que "los blancos" han estado dispuestos a aceptar consejo de los indios, ha sido en la curación. El no indígena le concede al indio que puede saber de las propiedades de las plantas y que puede tener secretos para ciertas dolencias o accidentes. Muchos no indígenas también aceptan —como los indígenas—, que hay enfermedades cuya causa puede no ser "natural", y deberse a las malas intenciones de alguien o a los oficios de un brujo malévolo. Por lo tanto, los curanderos no indígenas del Pacífico Sur, si han tenido alguna ascendencia indígena, tenían más clientela, o se les tenía más fe, por el hecho de su herencia indígena. Así, una mamita curandera de Angostura de Pérez Zeledón en 1964, tenía fama como herbolaria. Se mencionaba que era india y por eso sabía. También un conocido curandero de San Isidro ha atraído clientela porque nació de indígenas; se ha dicho que fue a alguna aldea indígena a aprender. En Palmar vive otro señor que cuando se menciona su fama de curandero, se añade que es indio.

Ha sido frecuente asociar al indio con facultades para dominar lo misterioso. Los curanderos populares que nunca han tenido nada que ver con indios, les dicen a los clientes que tal medicina es buena porque se la enseñó un indio, o una india, o que los indios también la usaban, o simplemente afirman que tienen algún parentesco con indígenas.

En este contexto de aceptación de que en el mundo indígena se puede saber de aflicciones, males y curaciones, algunos campesinos, y alguna gente urbana también, buscan los sukias. La Dra. Doris Stone se refirió a este hecho:

"No puede negarse la importancia que ellos han adquirido no sólo entre los cabécares y los bribbrís, sino entre los chiricanos y muchos costarricenses que no son indígenas. Hay numerosos casos de gentes que viviendo en centros de población con facilidades hospitalarias a su alcance, como Golfito, Palmar Sur, Puerto Cortés y San Isidro de El General, viajan sobre trillos escabrosos al sur para consultar a los curanderos indios en Ujarrás cuando la fama cruza hacia este lado de la cordillera, o van a Salitre en donde algunos construyen su domicilio. Los propios indios van a menudo a Talamanca desde el lado del Pacífico porque los chinos y otros comerciantes de Buenos Aires piden muy caro por los remedios de patente" (1961:94).

Se recurre al sukia cuando: 1) la medicina científica no ha respondido o ha sido insuficiente para sus males (enfermedades desconocidas o incurables, molestias persistentes como calvicie, alcoholismo, llagas, eczemas, hemorragias, ataques epilépticos, neurosis, psicosis); 2) cuando se cree en maleficio; 3) cuando se busca magia amorosa, sea para atraer o para deshacerse de amantes; 4) a veces hay otras razones, como ir a preguntar por números de suerte en la lotería.

Sukia es una palabra que la aplican los de habla española en Costa Rica, Nicaragua y Panamá, a cualquier médico aborígen. En Costa Rica sólo se entrenan formalmente, con técnicas aborígenes de curación, los sukias bribbrís y cabécares. Los guaymíes tienen estos especialistas, pero residen en Panamá, y las técnicas de ellos son otras diferentes a las talamanqueñas. Los borucas y térrabas han tenido hábiles mujeres herbolarias en el presente siglo, pero no se ha constatado que entrenaran curanderos. Existen algunas referencias a que hace mucho tiempo había sukias entre los borucas (Stone, 1949:25; Williams, 1976:70-74; Constenla, 1979: 105) pero ya en la década 1940-1950 se informó que no los había en el lugar y hacía mucho tiempo que ocupaban los servicios de los sukias en Ujarrás y Salitre (Stone, 1949:25) Méndez Salazar informa sobre la consulta de un térraba en Cabagra (1968:49-51).

De tal manera que los sukias consultados en el Pacífico Sur, son cabécares y bribbrís de China Kichá, Ujarrás, Salitre, Cabagra y sus alrededores. Los mayores de ellos (de 60 o más años) recibieron todo o parte de su entrenamiento en Talamanca. Los tratamientos están concebidos para los mismos bribbrís

y cabécares, así es que los médicos aborígenes han tenido que hacer modificaciones a sus ideas y prácticas para atender a los no indígenas. Por ejemplo, para los indios se debe cantar fuera de la casa donde está el paciente, a alguna distancia, en 4 noches, no necesariamente seguidas, o en ocho noches divididas en 4 grupos de dos noches seguidas cada uno. En el caso de los pacientes que no se pueden quedar en el lugar, y esto le ocurre a muchos, se le canta a la medicina nada más; además, ésta se trata con la piedrecita general de curar pero también con otra piedrecita, o con varias, que son diferentes para "sigua" ("siwa" o "sikwa"): Extranjeros, cualquier no indígena. Puede ser que se consigan donde viven "los blancos", o que tengan alguna característica que representen al de afuera. En una comunidad se utilizan semillas de una planta que se dice se extendió en el lugar cuando llegaron los blancos. Esas semillas son duras como piedritas. Otra historia que se dice en la curación es la del clan del paciente, de donde los sukias han tenido que explicarse a su manera el origen de los blancos como grupo diferente a ellos; se dice que los blancos tienen el poder de arriba, pero no el de abajo como los indios; vienen de polvo y no de semillas de maíz como los indios; si nacieron de semillas, esas las dejó Dios a la orilla de donde dejó a los talamanqueños, en esquinas o rincones del lugar original; los blancos vinieron de arriba, después de salir el sol, y no de abajo, antes de salir el sol, como los bribí y cabécares. También hay cantos aplicables sólo a los de afuera. En fin, los sukias razonan por qué pueden tratar a extraños, racionalizan en que medida las enfermedades de los "siguas" se pueden tratar mediante las historias y tratamientos aplicables a las enfermedades de los indígenas. Los sukias también adoptan técnicas y actitudes de los especialistas en la medicina científica moderna y de los curanderos no indígenas. Los mismos pacientes influyen en el médico aborigen con sus expectativas, como influyen en el médico moderno. Por ejemplo, el paciente no indígena espera remedios; el sukia le manda aguas, medicinas de hierbas o de botica a las que les ha hecho el canto. El indígena no espera que le manden cosas de tomar o de ponerse; puede ser que se conforme con hacer los ayunos y saber que le están cantando y que lo soplen con zahinillo, aunque ahora a menudo recibe también remedios de tomar o de untarse. También en magia amorosa, los pacientes de afuera esperan ser aconsejados a la manera de los brujos no indígenas, y recibir amuletos como los nidos de macuá, en los que los sukias mismos y los indios han llegado a creer, aunque es muy probable que esa creencia no se originó con los talamanqueños. Otra innovación que responde a expectativas de los clientes no indígenas es dar números de suerte, especialmente si es para ganar la lotería. Este mecanismo de influirse mutuamente el que consulta y el que diagnostica y receta suele darse en forma más inconsciente que deliberada.

En las enfermedades diagnosticadas como maleficio (casi todas las que se consultan), los sukias hacen su propio examen con canto y piedrita, y con alguna frecuencia le dicen al paciente que no lo pueden curar. Lo mandan a consultar un curandero de la misma gente blanca, pues el sukia explica que se trata de males lanzados por blancos con técnicas y características que los indios no tratan. Incluso le ha ocurrido a algún indígena que el sukia le dice que su mal fue lanzado por "un blanco" o "una blanca", y le aconseja buscar tratamiento afuera. A veces ellos se hacen cargo de curar al paciente aunque el maleficio venga de blancos. Todo depende del resultado del examen que ellos hacen mediante el canto y las piedrecitas antes de emprender el tratamiento.

Los awás o jawás (nombre que en bribí y cabécar respectivamente se da a los sukias) tienen generalmente un rancho o cuarto aldaño a su vivienda para hospedar sus clientes. A veces éstos se quedan con algún vecino, o se alojan en el hotel del centro más cercano y viajan diariamente a la consulta. Con frecuencia los sukias que tienen clientela de "blancos", pues no son todos, viajan a lugares como San Isidro, Palmar, Golfito, San Vito, San José y Panamá, a prestar sus servicios. Pueden durar pocos días o varias semanas en estos

viajes. Las tarifas para "siguas" son siempre más altas que para los indígenas; se citan sumas entre ₡ 100,00 y ₡ 500,00, pero puede darse menos y más, según la enfermedad, el paciente y los remedios.

La consulta al sukia es de una minoría, tanto indígena como no indígena, y en ambos casos suele haber una relación complementaria con la medicina científica; el sukia es consultado generalmente en asuntos que se supone no son del ámbito del médico científico, o donde éste ámbito ha fallado o ha sido insuficiente. Donde el cliente no indígena encuentra mayor conflicto es con la Iglesia, pues la práctica del sukia se enmarca en una relación con el mundo sobrenatural que no es aceptable al cristianismo. La ciencia, la educación y la religión contribuyen a transferir el lugar del sukia como respetado médico aborígen que ha representado el máximo saber entre su gente, al lugar de curandero popular marginal en la sociedad costarricense. Al menos en el folclore y en la historia de la región estará siempre presente el médico aborígen y sus aciertos y desaciertos en la curación.

En el presente trabajo se ha tratado de presentar la medicina aborígen como una forma de interacción del indígena del Pacífico Sur con un sector campesinado originario del Valle Central, en la cual la relación de lo no indígena con lo indígena se realizó en un plano de igualdad y no en el de colonizador superior —colonizado inferior, que ha sido lo usual—. Con la expansión de la vida urbana moderna por todo el país todas las instituciones campesinas pasan a ser marginales, históricas o folclóricas. Es importante documentarlas, sin embargo, como muestra de las adaptaciones que realizaron nuestros pueblos para enfrentarse al diario vivir y como tradiciones que contribuyen a la identidad y autenticidad de cada grupo humano.

CITAS BIBLIOGRAFICAS

BOZZOLI DE WILLE, MARIA EUGENIA. *Localidades indígenas costarricenses*. Editorial EDUCA. San José. 1975.

El distrito escolar San Rafael de Cabagra. Seminario de Indigenismo y Antropología de la Educación. La Catalina, Heredia, febrero 1976.

CARTIN BRENES, MAYRA y MURILLO MADRIGAL, MARIA EUGENIA. *La reproducción de la fuerza de trabajo en la comunidad de Salitre*. Tesis para optar al grado de Licenciadas en Antropología. Universidad de Costa Rica. 1981.

COMISION NACIONAL DE ASUNTOS INDIGENAS. *Censo de comunidades indígenas, informe en preparación*. 1980.

CONSTENLA UMAÑA, ADOLFO. *Leyendas y tradiciones borucas*, narradas por Espíritu Santo Maroto. Editorial de la Universidad de Costa Rica. 1979.

MENDEZ SALAZAR, HERNAN. *El Aborígen Talamancaño*. (En Polígrafo) Editorial Amubri. San José. 1968.

STONE, DORIS. *The Boruca of Costa Rica*. Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Harvard University. Vol. XXVI - N° 2. 1949.

Las tribus talamancañas de Costa Rica. Editorial Lehmann. 1961.

WILLIAMS, AYRA ROD. *Boruca Burucac*. An Indian Village of Costa Rica. Pitzer College, Claremont, California. Tesis. 1976.